

***Orden, progreso y juarismo desde la visión de Ramón J. Cárcano
(1880-1890)***

Enrique de Goycochea
Escuela de Historia, FFyH/CEA-UNC
degoyco@cea.unc.edu.ar

“Tenía el patriotismo práctico y tenaz de los cordobeses, convencidos, no sin motivo, de que forman el corazón político del país; pero no veía el país sino a través de su partido, ni su partido sino a través de sus íntimos” ²⁵⁹

Introducción

En la tradición historiográfica de la Argentina, no son nuevos por cierto los intentos de romper la hegemonía del relato “porteño” respecto a nuestra Historia. Inclusive, en los últimos años, dicha perspectiva analítica ha sido objeto de críticas y relecturas, al otorgarle preponderancia a las situaciones provinciales y locales, tanto en el plano económico como en el cultural, a la vez que se observan investigaciones enfocadas en dilucidar cómo fue posible construir redes y alianzas socio-políticas regionales que eventualmente

desembocaron en el control del gobierno central. De este modo, podrían sin duda mencionarse no pocos profesionales de las Ciencias Sociales que desde sus respectivas disciplinas han llevado adelante ingentes esfuerzos por ampliar y profundizar la visión de conjunto acerca del modo en que se constituyó nuestro Estado-Nación.

De acuerdo entonces a lo referido en el párrafo anterior, en el presente trabajo, nos centraremos en las transformaciones producidas en Córdoba durante la gestión de Miguel Juárez Celman, gobernador de la provincia entre 1881 y 1884, para luego enfocarnos en su gestión como presidente de la nación entre 1886 y 1889, ya que la irrupción del juarismo en la escena argentina nos permite pensar la relación existente entre élites dirigentes y Estado-nación desde una perspectiva provinciana, la que no puede, empero, escindirse de ninguna manera del contexto nacional donde se imbrica. En este sentido, la lectura analítica del gobierno de Juárez Celman será abordada principalmente a través de la trayectoria de Ramón J. Cárcano, dirigente e intelectual juarista, quién publicitó una visión de la provincia de Córdoba que la ubicaba en el epicentro indiscutible de la definitiva unidad nacional, visión que a su vez pone de manifiesto la relevancia que tuvo la estabilización de un *Orden* político en relación a la posibilidad que otorgó a ciertos sectores de las élites provinciales de ensanchar sus

²⁵⁹Juan Balestra sobre Juárez Celman. El Noventa. Luis Fariña, 1971 [1935]

vínculos sociales y sus alianzas políticas, al tiempo que permitió a algunos notables provinciales consolidar posiciones de poder.

Por último, con el acercamiento desde la óptica propuesta a la dirigencia juarista y a sus opositores durante la primera década del régimen oligárquico, se pretende relativizar el peso de algunas “imágenes” consolidadas desde ciertas categorías conceptuales ya tradicionales en la historiografía argentina.

Algunas consideraciones conceptuales

Hacia 1880, en el ámbito geográfico de la cuenca del río de la Plata se alcanzó un orden político estable, el cual garantizó un acelerado crecimiento económico, una mayor consolidación de instituciones estatales y una significativa modernización social. Al mismo tiempo, tal como afirma Javier Moyano, los grupos gobernantes adquirirían una posición de predominio que les permitió preservar el poder durante más de tres décadas, mediante el control de una maquinaria de fraude, coerción y patronazgo, la renovación permanente de pactos entre la dirigencia y la recurrente cooptación de opositores.²⁶⁰ En otras palabras, puede afirmarse que los diversos

eventos descriptos más arriba no son otros que los que dieron origen a la unidad política argentina, integrados de modo complejo a lo que Botana supo denominar “proceso de reducción a la unidad”, en el que ya sea por la “vía de la coacción o por el camino del acuerdo, un determinado sector de poder, de los múltiples que actúan en un hipotético espacio territorial, adquiere control imperativo sobre el resto y lo reduce a ser parte de una unidad más amplia”.²⁶¹ De este modo, según la lectura que de dicho proceso realizara Oscar Oszlak, “Orden y Progreso, la clásica fórmula del credo positivista, condensaba las preocupaciones centrales de una época...y el Estado nacional aparecía como la única instancia capaz de movilizar los recursos y crear las condiciones que permitieran superar el des-orden y el atraso. Resolver estas cuestiones exigía “...consolidar el pacto de dominación de la incipiente burguesía y reforzar el precario aparato institucional de la nación”.²⁶² Imponer el orden entonces, “significaba regularizar el funcionamiento de la sociedad...regular los comportamientos”.²⁶³

Siguiendo con la conceptualización de Oszlak, la formación del Estado nacional es, por un lado, el “resultado de un proceso convergente, aunque no unívoco, de constitución de una nación y de un

²⁶⁰MOYANO, Javier, (2006), “Régimen oligárquico y transformación del sistema político. El caso de los grupos gobernantes en la provincia argentina de Córdoba (1890-1930)”. Tesis Doctoral, Colegio de México, p. 29.

²⁶¹BOTANA, Natalio, (1985), “El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916”. Buenos Aires: Hyspamérica, pp. 26-27.

²⁶²OSZLAK, Oscar, (1997), “La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional”. Buenos Aires: Planeta, p. 8.

²⁶³ Ibídem.

sistema de dominación”.²⁶⁴ Mientras que por otro lado, “la creación de una nación...supone la creación de símbolos y valores generadores de sentimientos de pertenencia que tienden un arco de solidaridades por encima de los intereses antagónicos de una sociedad civil”.²⁶⁵ De este modo, es manifiesta también la construcción, desde el Estado, de símbolos y valores comunes, orientados a alcanzar mayor homogeneidad entre una población que experimentaba un sostenido aluvión inmigratorio.²⁶⁶ De esta manera entonces, comenzaban a consolidarse desde el último tercio del siglo XIX los que Oszlak supo denominar “atributos de estatidad”, es decir, las estructuras institucionales necesarias para dar lugar a un Estado-nación moderno, mediante un proceso en el que “es a todas luces excepcional observar una acción política donde los factores coercitivos o consensuales se presenten excluyéndose mutuamente. Por el contrario, y al decir de Botana: ambos medios de transferencia de poder se manifiestan combinados con grados de intensidad variable cuando el observador emprende un análisis de la realidad histórica”.²⁶⁷

Ahora bien, más allá de ciertas revisiones de que han sido objeto algunas de estas lecturas analíticas en estudios más tempranos, en el presente trabajo se resaltan brevemente precisamente porque

²⁶⁴OSZLAK, Oscar, *op cit.*, p. 4.

²⁶⁵ *Ibídem.*

²⁶⁶ MOYANO, Javier, *op. cit.* p. 30.

acordamos con ellas en cuanto a que el proceso de consolidación del Estado-nación argentino formó parte, tal como argumenta Botana, de un hecho de fuerza, en el cual se impuso un sistema de dominación política por el que un grupo minoritario de la clase dirigente se hizo con el control de los recursos del Estado, tanto para dirigir un proceso modernizador, como para erigir una maquinaria de control de la sucesión presidencial que asegurarse la pervivencia de este grupo en el entramado de las relaciones de poder. Sin embargo, a través del estudio de caso en el que se enfoca la presente investigación, se pretende relativizar ciertas concepciones tradicionales. En efecto, según lo que ha afirmado Natalio Botana en un estudio ya clásico, al calor del proceso en el que se consolidaban los atributos de estatidad de nuestra nación, “un empate inestable gobernaba las relaciones entre el interior y Buenos Aires mientras no se lograra hacer del monopolio de la violencia una realidad efectiva y tangible”.²⁶⁸

No obstante, contrariamente a la rígida imagen que transmite la anterior afirmación de Botana, lo cierto es que si prestamos atención a la perspectiva analítica de algunos historiadores, que justamente han revisado estas poderosas improntas historiográficas que nos han legado las obras clásicas sobre la temática en cuestión, la impresión que

²⁶⁷ BOTANA, Natalio, *op. cit.*, pp. 27-28.

²⁶⁸ BOTANA, Natalio, *op. cit.*, p. 26.

se tiene, mirando el panorama desde la década de 1850 en adelante, es que caído Rosas, “las elites provinciales pueden asumir que el proyecto integrador no es ya el sometimiento a un centro (al que sus antecesoras se habían resistido con éxito en las primeras décadas posteriores a la revolución), sino una vía para potenciar su propio liderazgo local, en buena medida mediante la obtención de recursos más cuantiosos que los disponibles en sus provincias, y para participar en los nuevos espacios de poder nacional”.²⁶⁹ Incluso, continuando con la reciente conceptualización que ha desarrollado Eduardo Míguez, mediante una breve pero completa reseña del estado de la cuestión en relación a la problemática aquí tratada, “el Estado Nacional que se va conformando desde 1852/62 es fruto de la convergencia de un dinámico conjunto de actores provinciales que ven en él un espacio de crecimiento más que el fruto de una hegemonía centralizada que se expande”.²⁷⁰ En efecto, “las dirigencias provinciales vislumbraban desde mucho antes que la existencia de la nación, si bien limitaba su autonomía, otorgaba a cambio ventajas económicas que compensaban ampliamente esa pérdida”.²⁷¹ De hecho, es precisamente esta una de las razones de mayor peso por las que Ramón J. Cárcano justificaría, a lo largo de toda

²⁶⁹MÍGUEZ, Eduardo, (2012), *Gestación, auge y crisis del orden político oligárquico en Argentina. Balance de la historiografía reciente*, en Revista *PolHis*, año 5, núm. 9, pp. 37-69, p. 43.

²⁷⁰MÍGUEZ, Eduardo, *op cit*, p. 47.

²⁷¹MÍGUEZ, Eduardo, *op cit*, p. 46.

su extensa producción escrita, la acción política de algunos notables cordobeses en pos de la unidad nacional, aun cuando dicha acción significó resignar, de acuerdo con la interpretación de algunos miembros de los sectores dirigentes, la relativa autonomía de la que había gozado la provincia de Córdoba en el interior del país. En palabras del propio Cárcano: “*Es condición de todo lo grande el que lo conquistemos a costa de lo que más amamos*”.²⁷² De este modo, el actor en cuestión daría inicio a una prolífica producción intelectual, de amplia circulación, destinada a divulgar una visión liberal-nacionalista de la historia argentina, la que a su vez se ubicaba muy cerca de la obra que difundiera Bartolomé Mitre y que Elías Palti ha dado en llamar la interpretación “genética del nacimiento de la nación”.²⁷³

Ahora bien, Eduardo Míguez no es el único historiador que ha cuestionado las categorías conceptuales con las que tradicionalmente ha sido abordado el periodo formativo de la nación argentina durante los últimos veinte años. Paula Alonso, motivada por preocupaciones similares, también ha desarrollado una convincente lectura crítica, tanto de la obra de Botana como la de Oszlak, con la salvedad de que para ella el primero concede un rol más participativo a las provincias

²⁷²CÁRCANO, Ramón, (1926), “En el Camino”. Sociedad de publicaciones El Inca, Buenos Aires, p. 201.

²⁷³PALTI, Elías, (2009), “El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX”. Buenos Aires: EUDEBA.

en la constitución del régimen del ochenta, aun cuando la perspectiva analítica escogida no le permite profundizar en la vida política íntima de las oligarquías provinciales, en tanto que para el segundo, el principal actor del proceso formativo del Estado es el propio Estado, mientras que las provincias, de acuerdo a la metáfora de Míguez, sólo constituyen su coto de caza. Profundizando todavía más, Alonso argumenta que “no hay una lógica Buenos Aires/interior, ya que las decisiones de cada liderazgo provincial de alinearse en un bando u otro son más bien aleatorias, sin que las elites provinciales hesiten en hacerlo con Buenos Aires”.²⁷⁴

Todos estos rasgos, complejos y por momentos contradictorios, del proceso que dio lugar a la constitución de un orden político nacional, acompañaron también la conformación de lo que más tarde sería el Partido Autonomista Nacional, en cuyo interior puede constatarse la persistencia de un complejo entramado relacional que acercaba a notables provinciales con dirigentes porteños, donde se destacaban particularmente los vínculos forjados al calor de la amistad y la camaradería durante los años de formación escolar, durante algunas campañas militares, la pertenencia a determinados clubes juveniles o bien la existencia de lazos de parentesco y/o el

²⁷⁴ALONSO, Paula, (2008), “La consolidación del Partido Autonomista Nacional en la Argentina. Política sin régimen, 1880-1892”. Trabajo presentado en las Jornadas de Historia Política: La formación del sistema político Nacional 1852-1880, Facultad de Derecho, Universidad de Cuyo, Mendoza, 3, 4 y 5 de julio, 2008.

establecimiento de alianzas matrimoniales. De hecho, este rasgo, esta “marca de origen”,²⁷⁵ procuraría al PAN durante sus largos años de hegemonía “una débil articulación nacional, la cual se garantizaba por vínculos informales en el interior de los grupos gobernantes”.²⁷⁶ Y es precisamente esa laxitud orgánica del partido que gobernó al país durante tres décadas, la que permite relativizar, una vez más, el empate catastrófico (dicho en términos gramscianos) al que se refiere el mismo Botana entre las provincias y Buenos Aires. En este sentido, es factible constatar también, tal como ya sugerimos, que muchos notables provinciales colaboraron directamente con el proceso de reducción a la unidad al que se refería Botana.

Yendo todavía más lejos, existen otros rasgos esenciales que compartían todos los notables que formaron parte de la alianza que en primer término dio lugar a la Liga de Gobernadores liderada por Roca y que tuvo en Córdoba su epicentro, y la que posteriormente constituiría la base fundacional del PAN. En efecto, citando nuevamente a Botana, “los únicos que podían aspirar al gobierno eran aquéllos habilitados por la riqueza, la educación y el prestigio...la observación es importante, pues a partir de 1880 el extraordinario incremento de la riqueza consolidó el poder económico de un grupo social cuyos

²⁷⁵PANEBIANCO, Angelo, (1990), “Modelos de partido”, Madrid: Alianza, Madrid, pp. 31-51 y DUVERGER, Maurice, (1965), “Los partidos políticos”. México: FCE, México, p. 165.

²⁷⁶MOYANO, Javier, *op cit.*, p. 49.

miembros fueron “naturalmente” aptos para ser designados gobernantes”,²⁷⁷ ya fuesen estos provincianos o porteños, cabe agregar.

Habiendo resumido de este modo, lo que aquí se consideran aspectos claves a la hora de encarar el estudio de las relaciones que existieron entre las dirigencias políticas porteñas y provinciales, al momento de la construcción del régimen oligárquico argentino y durante su primera década de vida, cabe a continuación plantear algunos interrogantes, que aunque no puedan ser presentados como novedosos, sí resulta pertinente intentar responderlos teniendo en cuenta las consideraciones realizadas en los párrafos anteriores. A saber, ¿Cuál fue el lugar de la provincia de Córdoba en ese proceso? y ¿cuál fue el papel del juarismo durante la primera década del régimen oligárquico?

Orden, progreso y juarismo

En primer lugar entonces, cabe afirmar que la provincia de Córdoba no quedó al margen de las profundas transformaciones espaciales, demográficas y económicas que comenzaron a tener lugar una vez que se inició el proceso de modernización en el país. Inclusive, fue marcado el contraste entre las características que el paisaje urbano y rural mostraba hasta la década de 1870 y las formas que iba

²⁷⁷BOTANA, Natalio, *op cit.*, p. 71.

adquiriendo conforme transcurría la década siguiente, de hecho durante el último cuarto del siglo XIX tuvo lugar en Córdoba una considerable expansión, fundamentalmente hacia el sur y hacia el este. “Este proceso requirió de masivos contingentes de inmigrantes y del tendido de vías férreas. Paralelamente, en la Pampa cordobesa se fueron consolidando centros urbanos, como Río Cuarto en el sur; Bell Ville, Marcos Juárez y San Francisco en el este; y Villa María en el centro sur”.²⁷⁸

No obstante, los cambios producidos no se dieron de manera homogénea ni con la misma intensidad en todos los ámbitos del territorio provincial, lo que en última instancia vino a reforzar algunos contrastes ya existentes, sobre todo entre el norte y el centro de la provincia, en lo relativo a la dinámica propia de una población que trataba de adecuarse a una marcada modificación del espacio geográfico, con todo lo que esto traía aparejado, por un lado, y una sociedad que todavía se aferraba persistentemente a los modos de vida de la Córdoba colonial, por otro. Aunque llegados a este punto, es preciso aclarar que las tensiones entre algunas sólidas continuidades y las novedades que iban imponiéndose cada vez con mayor intensidad, también se hicieron presentes en la ciudad capital, sobre todo en lo tocante a la renovación institucional que se adivinaba en el horizonte

²⁷⁸MOYANO, Javier, *op cit.*, p. 31.

del proceso de transformación socio-económica del país. En efecto, es posible advertir “un fuerte proceso de disputa entre clericales y liberales en torno a iniciativas de laicización de instituciones estatales”, a la vez que “el surgimiento, desde la década de 1870, de núcleos políticos y estudiantiles liberales abrió nuevos frentes de disputa en una ciudad en que el peso de la tradición católica, y de la formación recibida en una universidad poco permeable a las novedades, influía mucho sobre gran parte de las élites”.²⁷⁹ A este respecto, las imágenes que Cárcano transmite a través de una lectura retrospectiva de la Córdoba de las últimas décadas del siglo XIX, también reflejan las tensiones producidas en la provincia durante la instauración de un orden político-institucional que tuvo en el sur de la provincia su base de operaciones iniciales: “Completar la construcción de Urquiza y Mitre, retardada por la guerra del Paraguay, significaba un esfuerzo impostergable...la nación quedó al fin, definitivamente constituida. Mientras los estancieros del norte cordobés...esperaron en vano la palabra celeste, los letrados de la ciudad empujados por el joven Dr. Juárez, produjeron los hechos...”²⁸⁰

Llegados a este punto es preciso aclarar que las palabras de Ramón J. Cárcano no provienen de una interpretación “inocente”, surgida de la evocación nostálgica de un intelectual que rememora sus

²⁷⁹MOYANO, Javier, *op cit.*, p. 32.

años de juventud ya en la madurez de su vida. Muy por el contrario, aunque retrospectiva y teñida de innegables intereses, es posible afirmar que el autor en cuestión a lo largo y a través de una prolífica producción literaria e historiográfica persiguió de modo incansable una legitimación póstuma de la gestión de su mentor, Miguel Juárez Celman, así como de su propia trayectoria política durante los años en los que estuvo ligado por lazos políticos y afectivos a la dirigencia juarista. Aun así, en el relato sobre sus primeras experiencias políticas, es posible encontrar improntas valiosas respecto a los cambios que se produjeron en las prácticas políticas de parte de la dirigencia cordobesa en ocasión de la unificación de la nación bajo la hegemonía del PAN. Y esto es así, precisamente porque él mismo formó parte de dicha dirigencia. Vinculado desde muy temprano a la gestión de Juárez Celman, fue autor de la primera tesis doctoral presentada en la Universidad Nacional de Córdoba en 1884, titulada *De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos*, una extensa obra en la que el autor puso sus dotes literarias al servicio de un proyecto que iba mucho más allá de un objetivo académico personal, ya que estaba orientada a cuestionar seriamente las bases del poder socio-político de la Iglesia católica, en un momento en el que además de que el claustro universitario aun se encontraba bajo la égida eclesiástica cordobesa, en el ámbito nacional, la leyes de

²⁸⁰CÁRCANO, Ramón, *op. cit.*, pág. 36-41.

laicización de la educación y del matrimonio habían provocado un intenso debate y la posterior marginación de dirigentes y notables católicos de la lucha política. De hecho, este polémico trabajo solo pudo ser presentado bajo el patrocinio de Celman, quien por aquél entonces ocupaba el cargo de gobernador de la provincia.

Así es que Cárcano, ligado al reformismo político y al liberalismo económico durante los primeros años del régimen del ochenta, vinculado muy de cerca a quien fuera el hombre fuerte del PAN en la provincia, dedicó sus años de juventud a consolidar en el interior, tanto desde el plano discursivo como desde la acción política, la estabilidad de un orden nacional que se tornaba irreversible con la llegada de Julio A. Roca a la presidencia. Desde este lugar, se dedicó a publicitar los beneficios que la modernización económica había traído para la ciudad de Córdoba en particular y para la provincia en general. En este sentido, tratando de visibilizar un fuerte contraste entre la ciudad colonial y la ciudad que emergía luego de la gobernación de Celman, Cárcano enumeraba una a una todas las transformaciones que habían tenido lugar durante su gestión. De este modo, desarrolló *in extenso* los detalles de la construcción del dique San Roque, la extensión de la red de agua potable y riego en la ciudad capital, las obras de alumbrado público, la construcción del tranvía Córdoba-San Vicente, la construcción del parque Sarmiento, etc. Todos ellos, emprendimientos que venían a confirmar la capacidad administrativa y de gestión del

gobernador y de sus colaboradores, tales como Biallet Massé, Cassafousth, Miguel Crisol, Marcos Juárez, José del Viso, Justiniano Posse, José Figueroa Alcorta, entre otros. Particularmente, el loteo y el comienzo de la edificación del barrio de Nueva Córdoba, constituían para Cárcano un hito ineludible en la promoción de los beneficios que había reportado para Córdoba la estabilidad política y económica del país a partir de la llegada del PAN al poder. La obra era interpretada como un ejemplo de colaboración entre la nación y la provincia en pos del progreso y el bienestar de los argentinos, ya que, nacida de una visión de futuro por parte de Miguel Crisol, contaba con el aval de Ambrosio Olmos y Juárez Celman, los cuales supieron acertadamente solicitar el apoyo financiero de Roca, quien por su parte no había dudado en otorgarlo.

Sin embargo, por debajo de los cambios producidos en la trama urbana de la ciudad de Córdoba a partir de la llegada de Juárez Celman a la gobernación, cabe mencionar también que pueden constatarse no pocos negociados que tuvieron por base una desmedida especulación inmobiliaria, en la cual numerosos actores vinculados al juarismo se vieron directamente involucrados en lo que la historiadora Cristina

Boixadós supo denominar con acierto “una urbanización a palos”,²⁸¹ al argumentar que la expansión de la trama urbana de la ciudad excedió en mucho las necesidades habitacionales concretas de la población. En otras palabras, el desarrollo de determinadas áreas cercanas al centro de Córdoba, tales como el pueblo de San Vicente y el pueblo de General Paz, así como el loteo y urbanización de zonas más alejadas, como por ejemplo Villa Allende, Villa Rivera Indarte y Argüello, fueron el resultado de una codicia que no encontró límites en el desarrollo de una planificación edilicia, sencillamente porque no la hubo. Precisamente, con el objeto de visibilizar esta realidad, a lo largo de su investigación, la autora se centra particularmente en el modo en que las relaciones, entre los detentores del poder político y las élites económicas y financieras, se reflejaron en el proceso de urbanización de la ciudad de Córdoba. Cabe destacar a su vez, que en el trabajo de Boixadós, el proceso modernizador que Waldo Ansaldi supo denominar como provinciano,²⁸² es caracterizado también como “un fenómeno ficticio, a la vez que resistido por los sectores más tradicionales de la sociedad cordobesa”.²⁸³ Y lo que particularmente interesa destacar en la presente investigación, en relación a lo argumentado por Boixadós, es que parte de estas filosas aristas que caracterizaron al juarismo

²⁸¹BOIXADÓS, Cristina, (2000), “Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870-1895 (Élite urbanizadora, infraestructura, poblamiento)”. Córdoba: Ferreyra.

durante su paso por Córdoba, sin siquiera haber sido mínimamente pulidas, fueron trasplantadas al gobierno nacional una vez que Juárez Celman fue electo presidente de la nación.

Ahora bien, en relación al interior provincial, son también significativos los cambios que se produjeron tanto a nivel geográfico, como demográfico. Como adelantamos más arriba, la extensión de las vías férreas junto con la llegada masiva de inmigrantes, modificaron sustancialmente el paisaje, sobre todo en la región sur-este y en las tierras del sur, recientemente integradas a la jurisdicción provincial a partir de la campaña al “desierto” organizada y liderada por Roca. Asimismo, al tiempo que surgían nuevos centros urbanos y asentamientos rurales, surgían también ciertas tensiones vinculadas esencialmente con la distribución y apropiación de la tierra, que obligaban al gobierno a actuar directamente en la resolución de los conflictos surgidos al calor de dichas tensiones, el cual por lo general favoreció a los propietarios recientes, legitimando su accionar mediante el discurso progresista que se pregonaba desde las más altas esferas del poder político nacional. Tal como puede constatarse a partir de los mensajes a la legislatura que Celman pronunciara durante el tiempo que ocupó el ejecutivo de la provincia, en relación a las

²⁸²ANSALDI, Waldo, (1991), “Industria y urbanización, Córdoba, 1880-1914”. Tesis Doctoral, Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

²⁸³BOIXADÓS, Cristina, *op. cit.*, p. 276.

comunidades indígenas que todavía habitaban el territorio: “Como sabéis, existen cuarenta comunidades y aparecen en nuestro territorio como cuarenta estanques, donde se ha refugiado la vida primitiva con su inercia característica...el gobierno debe poner su mano en esos centros de miseria y de desorden para incorporarlos al movimiento social y comunicarles la fuerza vivificante que anima a todo el sistema. El proyecto estará basado sobre la espropiación de los terrenos que ocupan tales comunidades y la distribución del precio entre los miembros que la componen dividiéndose aquellos en lotes para ser entregados a la propiedad privada”²⁸⁴. Profundizando, todavía un poco más, dentro de los argumentos que esgrimía la gobernación de Celman para llevar adelante el proceso de inserción de Córdoba en el concierto nacional, cabe hacer notar algunas concepciones con las que uno de los colaboradores más cercanos al por entonces gobernador, es decir Cárcano, esgrimía a tales efectos: “nosotros, pueblo joven, que recién nacía y se agitaba en todas las esferas de la actividad humana...ofrecíamos una tierra fecunda a los ensayos liberales, al establecimiento de prácticas civilizatorias”.²⁸⁵

Se evidencian de esta manera algunos de los argumentos discursivos que vinculaban a los notables juaristas con las autoridades

²⁸⁴JUÁREZ CELMAN, Miguel, (1980), en FERREYRA, Ana Inés (*Comp.*): “Mensajes de los gobernadores de Córdoba a la Legislatura”. Años 1871-1885, serie documental n° VIII, Tomo III. Córdoba: Centro de Estudios Históricos.

nacionales, en pos de favorecer una integración política y económica que avanzara sobre las pesadas continuidades locales. En otras palabras, tanto desde Buenos Aires, como desde la dirigencia cordobesa, predominaba un discurso de fuerte contenido liberal, reformista y laicizante. Empero, existe a su vez, otro factor que acercaba a ambas partes. Es decir, ya fuese desde el gobierno de la nación o ya fuera desde el ejecutivo provincial, más allá de la intensa publicidad con la que se legitimaba la instauración de un modelo de desarrollo liberal, en la práctica, ambos llevaban adelante una gestión de gobierno que imprimía un fuerte protagonismo del Estado en la transformación del territorio y los centros urbanos. En otras palabras, y de acuerdo a como lo han expresado Gallo y Botana, “Roca puso algún empeño retórico en mostrar su adhesión a algunos de los valores que habían caracterizado al liberalismo clásico. El ejemplo de esta actitud se encuentra en sus permanentes referencias a la Constitución Nacional y también a la visión que presentara su vocero parlamentario, Ramón J. Cárcano, del porvenir institucional que les esperaba a los nuevos

²⁸⁵CÁRCANO, Ramón, (1884), “De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos”. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba: Imprenta El Interior, p. 16.

territorios nacionales”.²⁸⁶ Sin embargo, tanto para Julio A. Roca como para su sucesor, Miguel Juárez Celman, la obsesión por lograr un rápido crecimiento económico otorgó al Estado un papel significativo para reemplazar lo que no podía ser provisto rápidamente por la iniciativa privada.²⁸⁷ A este respecto, el propio Cárcano expresará ante el Parlamento en reiteradas ocasiones que “ningún país del mundo hállase en mejor situación que la Argentina...únicamente falta para alcanzar la realidad anhelada, la acción del Estado, y para que la acción del Estado se desenvuelva se requiere el pensamiento y voluntad persistente de los gobiernos”.²⁸⁸

Sin embargo, también es posible identificar algunas sutiles diferencias entre los liderazgos de Roca y Celman. En efecto, para Roca, el binomio *paz y administración* descansaba en una concepción política que veía con desconfianza el activismo cívico, mientras que Juárez Celman fue mucho más enfático y explícito en la exposición de esta corriente de pensamiento. “Para Celman la política no sólo era potencialmente disruptiva, era fundamentalmente anacrónica, en un país que se lanzaba a la aventura del progreso”.²⁸⁹ De este modo, pudo sostener durante un discurso en 1888 que la prosperidad económica del momento “quitaba para bien de la patria, materia prima a la

actividad política”, ya que “los partidos habían sido agentes de rebeliones armadas, de violencias electorales, de oposiciones dogmáticas y generadores de clientelas ociosas que lucraban en comités y en oficinas públicas”. A este respecto, resulta significativo, a la vez que sugerente, cómo estas sutilezas discursivas fueron abonando paulatinamente el terreno de la práctica, colaborando directamente con las tensiones que terminarían provocando la renuncia de Juárez Celman a la presidencia en julio de 1890. Ya que si bien la Revolución del Parque fue producto principalmente de una de las crisis económicas más profundas que hasta ese momento había vivido el país, el descontento general abrevaba también en la marginación política que el régimen imponía a los sectores opositores. Inclusive, los desesperados pedidos de colaboración que Celman realizó en varias oportunidades a sus adversarios caerían en saco roto, al no poder sortear el desprestigio en el que había caído su discurso, exitista y teñido de una subestimación declarada hacia la actividad política. En este sentido, continuando con las argumentaciones de Gallo y Botana, “la relación entre bienestar material e indiferencia política resultó perversamente correcto en el sentido contrario al vaticinado por Celman. Efectivamente, la evaporación del bienestar como

²⁸⁶GALLO, Ezequiel y BOTANA, Natalio, (2007), “De la República posible a la República verdadera (1880-1910)”. Buenos Aires: Emecé, p. 47.

²⁸⁷GALLO, Ezequiel y BOTANA, Natalio, *op cit.*, p. 63.

²⁸⁸CÁRCANO, Ramón, *op. cit.*, p. 49.

²⁸⁹GALLO, Ezequiel y BOTANA, Natalio, *op cit.*, p. 54.

consecuencia de la profunda crisis económica derrumbó no solamente a su gobierno, sino también al modelo político que lo sustentaba. En menos de un año la quietud política fue vertiginosamente reemplazada por el entusiasmo de la plaza pública”.²⁹⁰

Sin embargo, hacia 1885 muy lejos estaban los notables juaristas de lo que sucedería apenas cuatro años más tarde. Efectivamente, siguiendo la interpretación de Paula Alonso, “Juárez representaría para las dirigencias del interior su momento de mayor poder y autonomía, lo que explica el desplazamiento de Roca y las posteriores dificultades de éste –ya como ministro de Pellegrini– para imponer su voluntad”.²⁹¹ Precisamente, la dirigencia cordobesa de los primeros años de la década del ochenta, demostraría una gran habilidad al momento de construir redes socio-políticas, tanto dentro de la provincia como fuera de ella. Y en esta tarea, Ramón Cárcano cumpliría un rol preponderante, que incluso lo ubicaría muy cerca de la dirigencia nacional del PAN, ya que tal como esbozamos más arriba, supo desempeñarse como vocero parlamentario de Roca durante su primera presidencia. A la vez que siendo todavía muy joven, podemos encontrar a Cárcano en una posición de privilegio dentro de las filas juaristas, ya que desde muy temprano ocupó el cargo de Ministro de gobierno, justicia e instrucción pública del gobernador Ambrosio Olmos y poco más tarde fue señalado

por Celman como su “delfín”, un leal sucesor en el caso de que algún día Celman ya no retuviese las riendas de la facción cordobesa del PAN. Pero lo cierto es que el proceso a través del cual Miguel Juárez Celman se convirtió en el hombre fuerte del partido gobernante en el interior del país también contó con un importante apoyo de numerosos jóvenes intelectuales y políticos, tal como recuerda el mismo Cárcano al evocar dichos años. Benjamín Victorica, Manuel Lucero, Antonio del Viso, Antonio y Carlos Calvo, Carlos Bouquet, Vicente Quesada, Filemón Posee, Agustín de Vedia, Nicolás Barros, son algunos de los nombres que el autor menciona en sus memorias.

Lo que llegados a este punto interesa resaltar es que, paulatinamente, Juárez Celman irá cooptando o excluyendo a los amigos de Roca, para llegar a ser proclamado el “jefe único del partido único” hacia principios de 1889. Unos pocos meses después, “esta arquitectura, sin embargo, se desploma en medio de la crisis de 1889/90. Cuando la crisis troca en revolución, son las figuras de Pellegrini (marginado vicepresidente de Juárez) y Roca las que obtienen los apoyos para hacerla fracasar. Paso seguido, estos aliados se desembarazan del ambicioso pariente del tucumano, provocando su renuncia. Pellegrini asume, como se sabe, la presidencia y Roca el ministerio del interior”.²⁹²

²⁹⁰GALLO, Ezequiel y BOTANA, Natalio, *op cit.*, p. 55.

²⁹¹ALONSO, Paula, *op. cit.*

²⁹²MÍGUEZ, Eduardo, *op. cit.*, p. 48.

Tampoco es menos cierto que el ascenso del juarismo al gobierno nacional encontró algunos obstáculos. Efectivamente, tal como ha afirmado Hilda Sabato, “la disputa por la sucesión presidencial que tendría lugar en 1886 se inició varios años antes, en el contexto de una dinámica política compleja”,²⁹³ en la que según Paula Alonso, pueden identificarse al menos cuatro facciones en pugna. Una encabezada por el mismo Roca y tres precandidatos: Juárez Celman, gobernador y luego senador por la provincia de Córdoba, Dardo Rocha, gobernador de Buenos Aires y Bernardo de Irigoyen, ministro del interior entre 1882 y 1885. En efecto, no resultó tarea sencilla para Celman conseguir una estructura de apoyo lo suficientemente sólida como para disputar exitosamente el liderazgo de Roca dentro del PAN, ya que dicha circunstancia solo fue posible a partir de una serie de reveses electorales que Roca sufrió en algunas jurisdicciones provinciales durante 1885. Desde ese momento, los recursos del roquismo se asociaron con los de juarismo y Roca puso todo su esfuerzo en desplazar a los otros potenciales candidatos.

También son visibles algunas tensiones surgidas de la desconfianza que estos dirigentes “provincianos” despertaron en algunos sectores políticos de la Atenas del Plata. De hecho, Cárcano,

²⁹³SÁBATO, Hilda, (2012), “Historia de la Argentina (1852-1890)”. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 305.

confiado en sus cualidades y recién llegado a la capital del país durante los últimos meses de la presidencia de Roca, tuvo que sentir en carne y hueso el rechazo de algunos letrados porteños. Al ser electo presidente del centro jurídico de Buenos Aires, venciendo a Wenceslao Escalante, recibiría un duro ataque desde las páginas de algunos medios de prensa, tales como *El Quijote*, quien caricaturizaba el triunfo de Cárcano mediante una imagen que reflejaba “un grueso y magnífico botín representando a Escalante. Al lado, una figurita de cuerpo entero...no alcanza a la suela del zapato. Representa a Cárcano, el candidato vencedor”.²⁹⁴ Aun así, su victoria despertó también algunos apoyos, como los de Juan Balestra, Adolfo Olivares y Julián del Campo, “*se adelanta así un sentimiento nacional. Los rifleros están a ocho años de distancia*”.²⁹⁵ Asimismo, también puede constatarse por parte de los medios gráficos más importantes de la ciudad de Buenos Aires, una intensa campaña de desprestigio contra la figura de Juárez Celman durante los meses previos a las elecciones presidenciales. Centrados en un discurso moralista, *La Nación* y *El Nacional*, oponían las virtudes de los candidatos bonaerenses contra la mediocridad de Juárez. Finalmente el triunfo fue para Celman. Haciendo la salvedad que los

²⁹⁴CÁRCANO, Ramón, (1965), “Mis primeros ochenta años”. Buenos Aires: Pampa y Cielo, p. 76.

²⁹⁵Ibídem.

votos de Salta no fueron computados, obtuvo una victoria contundente en todas las provincias, a excepción de Buenos Aires y Tucumán.

El juarismo en la presidencia

Una vez electo presidente, Juárez dio indicios de subordinarse completamente al ex presidente Roca, ya que si bien, este último había sido momentáneamente desplazado del liderazgo del partido, todavía controlaba directamente al ejército y sus partidarios eran mayoría en el Congreso. A la vez, dos ministros, Eduardo Wilde y Wenceslao Pacheco pertenecían a su círculo íntimo. Y por supuesto, el vicepresidente Pellegrini, quien por aquellos años todavía se encontraba muy lejos de su posterior ruptura con el roquismo, también respondía a Roca. No obstante, Juárez Celman, una vez en la Casa Rosada, dedicó todas sus energías a consolidar su liderazgo y a ampliar su influencia política. De hecho, continuando con la lectura que Sábato ha realizado, el gobierno de Juárez operó directamente “para favorecer a sus amigos políticos en las distintas provincias...volcando recursos estatales y utilizando los mecanismos habituales de presión y negociación para revertir la hegemonía roquista”.²⁹⁶ Y, si bien las finanzas estatales avanzaban en la misma dirección seguida por la presidencia de Roca, la gestión de Celman imprimió una fuerte

tendencia descentralizadora, alcanzando su punto máximo con la promulgación de la Ley de Bancos Garantidos, la cual habilitaba a los bancos provinciales a emitir moneda nacional. Esta ley favoreció a los amigos empresarios de las provincias más fuertes, pero trajo como corolario un significativo aumento de la deuda externa.

En materia de ferrocarriles, la administración de Juárez Celman logró que el Congreso aprobara el otorgamiento indiscriminado de concesiones, dando lugar a una “manía” ferroviaria que alentó no pocas maniobras especulativas, las cuales a su vez trajeron aparejada una fuerte presión fiscal en las arcas del Estado, debido a que la “garantía” estatal al negocio muchas veces se pagaba por adelantado. Y si bien al poco tiempo de iniciarse la presidencia de Celman todos estos factores comenzaron a despertar los primeros síntomas de lo que sobrevendría tiempo después, en el contexto de la euforia general por el crecimiento del gasto público y las exportaciones en alza, pasaron inadvertidos para la mayoría.

En la capital del país Juárez ubicó a sus aliados más cercanos en posiciones estratégicas, tal como sucedió con Cárcano, quien fue designado como director de la Oficina de Correos y Telégrafos en 1887. Un cargo clave en la lucha política, ya que por un lado constituía casi un peldaño obligado en el *cursus honorum* hacia la presidencia de la

²⁹⁶SÁBATO, Hilda, *op. cit.*, p. 312.

nación, mientras que por otro, el acceso a dicha oficina permitía un control directo de muchas de las comunicaciones de los adversarios políticos y de su correspondencia privada.

Claro está que las circunstancias en las que se produjo el nombramiento de Cárcano provocaron fuertes críticas y sospechas reflejadas en las páginas de *La Nación* fundamentalmente. Aunque hay que mencionar que a partir de la dirección de Cárcano, según su propia lectura, se llevaría adelante una importante modernización del sistema telegráfico y de correos, dando lugar a la creación de la escuela de telegrafistas y el taller mecánico para telégrafos. Además se introdujeron nuevos equipos y se inauguró el servicio de telégrafo nocturno. Se produjo también el reemplazo de antiguos buzones por el buzón automático alemán empotrado en la pared, se creó un moderno sistema de clasificación de correspondencia, se produjo una significativa extensión de la red telegráfica y se construyeron los cables subterráneos Buenos Aires-Rosario y Buenos Aires-Martín García. Inclusive, a instancias de Francisco Seeber, antiguo mitrista y oficial veterano de la Guerra del Paraguay, Cárcano emprendió la construcción de un monumental palacete que sería la nueva sede de la Oficina, pero la crisis del noventa interrumpió bruscamente la obra que recién pudo

ser finalizada en 1928. Años más tarde, al recorrer el lugar, Cárcano sentía “la amargura de las cosas muertas y veía las sombras de una tragedia”.²⁹⁷ Empero, en vísperas de la crisis, Ramón J. Cárcano había logrado construir una imagen bastante favorable respecto a su gestión como director. Tal como se podía leer en una cuarteta del Mosquito debajo de una caricatura suya: “es director de Correos; muy joven e inteligente, y, si es cierto lo que dicen, será pronto presidente”.²⁹⁸

Tanto desde los mensajes públicos del presidente, como desde las páginas del periódico oficial *Sud América*, redactado por un núcleo de jóvenes juaristas, como por ejemplo Rufino Varela Ortiz, Juan Balestra y, por supuesto, Ramón Cárcano, el poder ejecutivo intentó construir una opinión pública favorable. Según Paula Alonso, el diario se ocupaba principalmente de generar una agenda destinada a publicitar la imagen de un gobierno innovador. Así es que con este objetivo “se levantaron nuevamente las banderas de la Paz, el Orden y el Progreso, pero modificadas mediante la incorporación de un tono radicalizado que hacía foco en la grandeza alcanzada por la nacionalidad argentina, la nación más grande y más feliz de Sudamérica”.²⁹⁹ Juárez era presentado así “como el representante de la sangre nueva, y su gobierno, como el momento de mayor esplendor en

²⁹⁷CÁRCANO, Ramón, *op. cit.*, p. 223.

²⁹⁸CÁRCANO, Ramón, *op. cit.*, p. 178.

²⁹⁹ALONSO, Paula: “Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX”. Ed. Edhasa, Buenos Aires, 2010.

el país”.³⁰⁰ Continuando con Sábato, “la redacción de *Sud América* dio forma a lo que Tim Duncan ha definido como una teoría juarista del gobierno, basada en dos principios complementarios”.³⁰¹ El primero, centrado en una particular visión del federalismo y de la Constitución, que propiciaba la descentralización administrativa y política en las provincias, al tiempo que interpretaba al rol de los gobernadores como agentes naturales del gobierno federal, quienes a su vez debían subordinarse al ejecutivo nacional. El segundo, se refería al papel del presidente, quien debía ocupar también la jefatura del partido, concentrando de este modo todo el poder político en sus manos, tal como sucedió en torno a la figura de Juárez, dando lugar a que su gobierno fuese recordado luego como el “unicato”. “Crítico de los partidos, y descalificador de la oposición, el discurso del diario estaba a tono con los mensajes de Juárez Celman, quien no se cansaba de pregonar las bondades de la política, entendida como la buena administración”.³⁰²

Hacia comienzos de 1889, con un fuerte apoyo en todas las provincias, y habiendo por el momento desplazado a Roca de la dirección del partido, los juaristas tenían muchos motivos para ser optimistas en una Argentina que celebraba su opulencia y su crecimiento económico. En este contexto, tan inquebrantable era la

³⁰⁰SÁBATO, Hilda, op. cit., pág. 316.

³⁰¹Ibíd., pág. 316.

confianza que se tenía dentro de los círculos juaristas, que al poner fin a un conflicto desatado por una huelga de carteros, el ministro Eduardo Wilde expresaba, según las memorias de Cárcano: “*Ya he dicho, mi doctor, que gobernaremos hasta la edad provecta*”.³⁰³ Muy poco tiempo después, la realidad daría por tierra con tan formidable profecía.

Efectivamente, a partir de la crisis de 1890, el grupo de intelectuales, políticos y empresarios vinculados al “juarismo” fue acusado insistentemente, desde Buenos Aires, de haber corrompido hasta lo indecible el orden institucional del país, con el solo objeto de satisfacer una ambición y una codicia desmedidas. De este modo, la corrupción administrativa, así como la política económica, constituían los ejes centrales de la acusación. La venalidad de los funcionarios, el descontrol en el gasto público, los negociados en lo relativo al manejo y adjudicación de las concesiones estatales, eran insistentemente denunciados. Asimismo, la concentración de poder en manos del presidente ocupó el centro de la escena en el debate político y en la prensa, así como también la violación sistemática de los derechos políticos consagrados en la Constitución Nacional.

Así es que en poco tiempo, la Argentina recorrió un vertiginoso camino, en donde el destino de grandeza de la nación, que parecía ya al alcance de la mano, se diluía rápidamente en el vértigo de una de las

³⁰²Ibíd., pág. 316.

³⁰³CÁRCANO, Ramón, op. cit., pág. 233.

peores crisis económicas en la historia del país. Precisamente en ese marco, la actividad política, que hasta no hacía mucho, ya fuese por convicción o por mera conveniencia, era considerada por los grupos dominantes una manifestación de las fuerzas retardatarias del progreso nacional, comenzaba a despuntar en un nuevo amanecer, donde en el horizonte se adivinaban pesados nubarrones para la dirigencia juarista. Dirigentes del nacionalismo mitrista, del tradicional autonomismo alsinista y de sectores católicos, comenzaron a vislumbrar reales posibilidades de retornar al ruedo político. Y junto a ellos, se encontraba dispuesta a intervenir directamente una nueva generación de jóvenes porteños, que habían forjado lazos de amistad en las aulas del colegio Nacional de Buenos Aires y posteriormente en la Universidad. “Frente a la decadencia moral y material, tanto los opositores jóvenes como los más viejos reclamaban el renacer del espíritu público y de las tradiciones desterradas por Roca”.³⁰⁴

Por si fuese poco, circunstancias inherentes a la vida interna del partido gobernante venían a exacerbar todavía más las tensiones entre el “unicato” oficialista y los sectores opositores, ya que comenzaban a producirse ciertos clivajes dentro de la dirigencia del PAN respecto al posible sucesor de Juárez Celman en 1892. Por un lado, existía un fuerte núcleo de jóvenes notables que apoyaban la candidatura presidencial

del delfín de Celman, cuando no, Ramón Cárcano, mientras que el hermano del presidente, el Dr. Marcos Juárez, quien se había desempeñado como gobernador de la provincia de Córdoba, también reunía en torno suyo un importante aval. Ambos candidatos, iniciaron el clásico juego de negociaciones y presiones, hasta que en agosto de 1889, con la crisis ya incidiendo fuertemente en las finanzas y la sociedad argentina, el grupo de jóvenes políticos e intelectuales “carcanistas”, autodenominados como los “incondicionales a la política del presidente”, convocó a un banquete para reunir fuerzas y apoyos en torno a la figura de Cárcano. Dicho acontecimiento despertó una fuerte crítica entre los sectores opositores. La misma tarde del banquete, Francisco Barroetaveña publicó en *La Nación* un polémico artículo de opinión titulado: “¡tu quoque juventud! En tropel al éxito”, en el que se atacaba a los grupos de jóvenes que contribuían a perpetrar en el gobierno a una dirigencia moralmente decadente que su vez negaba sistemáticamente las libertades civiles al pueblo argentino. De acuerdo a la lectura que de tales acontecimientos ha realizado Hilda Sabato, la nota de Barroetaveña “actuó como un catalizador de los grupos de jóvenes opositores, que se propusieron reunir fuerzas para formar un nuevo partido. El 1° de setiembre de 1889, éstos convocaron a un mitin

³⁰⁴SÁBATO, Hilda, *op cit.*, p. 321.

en Jardín Florida...desde donde surgió la Unión Cívica de la Juventud”.³⁰⁵

Ahora bien, dentro del marco político y económico de la crisis desatada a fines de la década de 1880, también es posible constatar un fuerte sentimiento localista por parte de los sectores letrados y políticos opositores al PAN. Frente a lo que se consideraba un gobierno autoritario, despreciativo de la oposición y cargado de vicios, se anteponían las virtudes cívicas del pueblo porteño. Inclusive, desde el plano discursivo, los mentores de la revolución propondrán el retorno a una época “idílica”, en donde la ciudad de Buenos Aires supo conocer una vida política en la cual todos los intereses encontraban libre expresión y representación. Aunque cabe aclarar, siguiendo a Eduardo Míguez, que probablemente aquella época virtuosa que se evoca desde la dirigencia porteña, opositora al unicato juarista, haya poseído significativas similitudes en cuanto al modo en que se construía la “legitimidad” política durante los años de hegemonía del PAN, más de lo que incluso Alem hubiese estado dispuesto a admitir. No obstante, no son pocos los historiadores que acertadamente han interpretado a la Revolución del Parque como un evento fundamentalmente porteño. Los discursos pronunciados en la asamblea del Frontón así lo

³⁰⁵SÁBATO, Hilda, *op cit.*, pp. 320-321.

³⁰⁶ESTRADA, Manuel José, *Discurso del frontón*, en GALLO, Ezequiel y BOTANA, Natalio, *op cit.*

evidencian, como por ejemplo las palabras de José Manuel Estrada: “Mas no veo en la época afrentosa a la que llegamos, ni en los que usurpan el derecho de una ambición de poder, algo que los haga dignos de cotejo con Quiroga...energías para resistir que los haga dignos del nombre y de la gloria de sus padres. No. Veo bandas rapaces, movidas de codicia...enseñorearse del país, dilapidar sus finanzas, pervertir su administración...comprarlo y venderlo todo...¡Bendita la adversidad que desacredita oligarquías corrompidas y corruptoras!”³⁰⁶.

Por su parte, otro orador de aquella histórica asamblea, Leandro N. Alem, se expresaba en los siguientes términos: “Una vibración profunda conmueve todas mis fibras patrióticas al contemplar la resurrección del espíritu cívico en la heroica ciudad de Buenos Aires. Sí, señores, una felicitación al pueblo de las nobles tradiciones que ha cumplido en hora tan infausta sus sagrados deberes. No es solamente el ejercicio de un derecho...es la imperiosa exigencia de nuestra dignidad ultrajada...”³⁰⁷. En síntesis, según Botana y Gallo, en el contexto de la crisis del '90, el arco opositor al ala juarista del PAN, más allá de sus tensiones internas, coincidía en una perspectiva política que entendía que había un pasado mejor, al cual había que volver recuperando y restaurando sus instituciones y sus tradiciones y que en

³⁰⁷ALEM, Leandro, *Discurso del frontón*, en GALLO, Ezequiel y BOTANA, Natalio, *op cit.*

esa tarea el pueblo de Buenos Aires debía ocupar el lugar de avanzada que históricamente le pertenecía, ya que tanto el ayer añorado como aquellas tradiciones eran de estirpe nítidamente porteña.³⁰⁸

Sin embargo, más allá de todas las acusaciones realizadas a los aliados políticos del gobierno de Juárez Celman, la unidad nacional definitivamente producida a inicios de la misma década ya no será cuestionada, aun cuando no toda la dirigencia porteña acordara de buena gana con el proceso de centralización, como por ejemplo Leandro N. Alem, quien en su momento se había opuesto insistentemente al proyecto de hacer de la ciudad de Buenos Aires el corazón político del país, defendiendo por el contrario, la autonomía de la que había gozado hasta los años inmediatamente anteriores a su capitalización.

Consideraciones finales

Tal como hemos venido argumentando, a lo largo de este trabajo se ha intentado aportar a una síntesis superadora de ciertos enfoques que no hacen más que comunicar, persistentemente, la imagen de nuestra historia percibida como un empate catastrófico y casi diríamos eterno, entre un interior provincial siempre renuente a conformar la unidad nacional bajo el liderazgo incuestionable de Buenos Aires, y una

dirigencia porteña que pretende imponerse como el centro de dicha unión a cualquier precio. Si bien siguen siendo válidas aquellas interpretaciones que argumentan que la consolidación del Estado-nación es un hecho político-histórico, a partir del cual la pugna existente por definir el rumbo económico del Estado se decide a través de una serie de hechos de fuerza, consolidando duraderamente determinado sistema político, bloque de poder dominante y orden simbólico, aspectos que por cierto hasta el mismo Cárcano se ocupa de reconocer, aun así, necesitamos quebrar, o al menos matizar significativamente, las visiones que cosifican una cultura política pendular de larga data.

En otras palabras, el proceso de reducción a la unidad constituyó en efecto un hecho de fuerza, en el que un grupo minoritario de la clase dirigente se hizo con el control del Estado y sus recursos, pero dicho grupo, aunque minoritario, fue constituido por actores políticos con la capacidad efectiva de trascender los márgenes de acción de sus espacios locales, alcanzando mediante la trama vincular que conformaron una amplia proyección nacional. En este sentido, es indudable que la estabilización de un orden político y económico nacional, significó, y así lo entendieron muchos dirigentes provinciales, una real posibilidad de ensanchar alianzas personales que a la postre

³⁰⁸GALLO, Ezquiél y BOTANA, Natalio, *op cit.* p. 57.

les permitieron consolidar sus posiciones de poder. Asimismo, la tendencia a construir entramados socio-políticos entre las élites provinciales, y entre éstas con sectores de los grupos dominantes de Buenos Aires, no se inició con la constitución del PAN bajo el liderazgo de Julio A. Roca sino que es posible rastrear su origen hasta al menos los momentos inmediatamente posteriores a Caseros, profundizándose luego de que tomara forma la Liga de Gobernadores constituida en la provincia de Córdoba.

Por otra parte, es también evidente la resistencia de algunos dirigentes porteños a profundizar el proceso de reducción a la unidad bajo la tutela de Buenos Aires, como lo manifestaba claramente a través de su discurso Leandro N. Alem y los representantes del tradicional autonomismo porteño. De este modo, dichas resistencias ponen en evidencia que el proceso de centralización del poder político no gozó de un consenso unánime entre la dirigencia de Buenos Aires, mientras que por el contrario, fue apuntalado por algunos sectores de las dirigencias provinciales, tal como queda de manifiesto a través de las acciones emprendidas por Miguel Juárez Celman y Ramón J. Cárcano, entre otros, tanto desde la gobernación de Córdoba como desde el gobierno nacional después, aun cuando su desembarco en la Capital del país provocara cierto rechazo.

Ya hacia fines de la década de 1880, en el contexto de la grave crisis económica y financiera que terminaría provocando la salida

precipitada de Juárez Celman de la presidencia, si bien volvieron a manifestarse sentimientos localistas frente a un gobierno corrupto y “provinciano”, la unidad nacional ya no sería cuestionada.

Para finalizar, el proceso de modernización económica y social, profundizado a la par que se lograba estabilizar el orden político a nivel nacional, desbordó ampliamente los límites de la ciudad de Buenos Aires y de su *hinterland*, y fue legitimado, en este caso desde la provincia de Córdoba, con un discurso progresista, modernista y anti-clerical, el cual provocaría fuertes tensiones entre los distintos sectores socio-políticos cordobeses, evidenciando de esta manera la existencia de marcados clivajes entre dirigentes católicos y liberales que, si bien con el paso del tiempo se suavizarían por diversos factores, aun así vinieron a demostrar claras diferencias ideológicas en relación al modo de entender el proceso de centralización del poder político que hacia los años finales del régimen, en el contexto de la implementación de la reforma electoral de 1912, volverían a hacerse visibles.